

NOTAS SOBRE LA POBLACIÓN Y LA VIDA URBANA DE LA MALLORCA MODERNA

José Juan Vidal

A la hora de tratar de plasmar en un escrito, una breves consideraciones en torno a la vida desarrollada en la Ciutat de Mallorca, en el período que transcurre entre los siglos XVI, XVII y XVIII, hemos de comenzar por poner de manifiesto el tremendo contraste existente entre la Ciutat de aquella época y la dinámica y absorbente Palma del siglo XX, a la que dedicó sus investigaciones Alberto Quintana. La capital de la isla, durante todos estos años permaneció mas bien estática, sin importantes vaivenes que transformaran su plurisecular fisonomía urbana, heredada de una tradición musulmana, como nos lo demuestra el movimiento de su población, y con unas funciones mucho más simples y con unos problemas urbanos sensiblemente distintos a los de nuestra centuria.

Ciudad vinculada tremendamente a la economía mediterránea, se vió afectada por la depresión económica, que afectó a la zona, durante los siglos XIV y XV, lo que motivó que viera descender su contingente demográfico, y disminuir el porcentaje total de su población con respecto a la del conjunto de la isla. Si en la primera mitad del siglo XIV, llegó a concentrar el 40% de la población mallorquina a partir de la segunda mitad de la centuria, comenzó a perder población, prosiguiendo el fenómeno durante toda la primera mitad del siglo XV. Influyeron en ello, sin lugar a dudas los efectos de las numerosas epidemias de esta época, junto con los del levantamiento foráneo de 1.450. A partir de 1.466 podemos vislumbrar una ligera recuperación, pero que al ser inferior a la que experimentó la población rural de la isla, repercutió en la progresiva

disminución del porcentaje de la población mallorquina que residía en la capital de la isla. En la segunda mitad del siglo XV, las villas foráneas tuvieron un aumento demográfico paulatino, pero ininterrumpido, mientras la Ciudad osciló alrededor de los tres mil focos o morabetins, con un leve descenso hacia el final, cuando pasó a disponer ya solamente del 30% de la población total mallorquina, porcentaje que no sería superado hasta llegar al siglo XX.

Para poder calcular la población mallorquina, anterior al siglo XVIII, en el que se efectuaron los primeros Censos en el Estado español, hemos de recurrir, a los recuentos fiscales, que se realizaban cada siete años, con motivo del pago del impuesto del morabatí. (1) Las cifras proporcionadas por esta fuente, son las de los cabezas de familia que pagaban dicho impuesto, estando exentos de él, los nobles, militares, eclesiásticos, matriculados para el servicio de los navíos de Su Majestad, los padres de doce o más hijos vivos, y todos aquellos pobres, cuyos bienes o ingresos no alcanzaban la suma de diez libras. Según los datos proporcionados por los morabetins, (2), la población residente en la capital de la isla, vió mermar su peso específico sobre el conjunto de la isla, durante los siglos XIV y XV, lo cual puede relacionarse con una disminución del tráfico mercantil desplegado por los mercaderes y navegantes mallorquines durante el siglo XV, y una acentuación del papel de la agricultura en la economía mallorquina, al tener que afrontar mayores dificultades en el abastecimiento desde el exterior.

(1) Impuesto pagado cada siete años por los cabezas de familia no exentos.

(2) Sevillano Colom. Francisco: *La Demografía de Mallorca a través del Impuesto del Morabatí: Siglos XIV, XV y XVI*, Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana, XXXIV, 1.974, págs. 233 - 273.

Durante el siglo XVI, frente a un crecimiento demográfico importante experimentado en la isla, la población de la Ciudad permaneció estancada, disminuyendo todavía más la proporción de la población que vivía en ella, frente a la de las villas rurales. Así, si en 1.503, un 30% de los habitantes de la isla, residían en la Ciudad setenta años más tarde, cuando finaliza la serie de datos disponibles de la fuente del fogatge o *morabetí*, vemos que a pesar de disponer de una cuantía idéntica de pobladores a la de 1.503, estos representan tan sólo el 22% de la población insular, lo que demuestra que la capital ha permanecido estacionaria en cuanto al número de habitantes, frente a las villas, y que el crecimiento demográfico mallorquín del siglo XVI, ha sido sostenido fundamentalmente por el incremento de la población rural con todas las implicaciones que ello supone en la economía de la isla. Podemos observar la evolución de los focos o *morabetíns*, de que disponemos durante el siglo XVI, tanto de la Ciudad, como del conjunto de las villas de la isla:

Año	Villas	Ciudad	Total	% Ciudad sobre Mallorca
1.503	6.423	2.784	9.207	30,24
1.510	5.772	2.468	8.240	29,96
1.517	9.056	2.684	11.740	22,87
1.524	5.814	2.089	7.903	26,44
1.524	5.814	2.089	7.903	26,44
1.531	5.182	1.730	6.912	25,03
1.538	6.603	2.034	8.637	23,55
1.545	6.819	2.155	8.974	24,02
1.552	7.223	2.574	9.797	26,28
1.559	7.741	2.397	10.138	23,65
1.566	6.846	1.847	8.693	21,25
1.573	9.368	2.701	12.069	22,38

Los grandes descubrimientos geográficos que tuvieron lugar a fines del siglo XV y comienzos del siglo XVI, y el traslado del centro de gravedad económico europeo del Mediterráneo al Atlántico, hicieron que la Ciudad fuera perdiendo gran parte de su antigua importancia comercial. Tras un descenso demográfico, a comienzos de la centuria, motivado sin lugar a dudas por la peste de 1.510, la población urbana no logró recuperar las cifras de 1.503, hasta 1.573, como podemos observar. La Ciudad no participó del notable incremento de población que experimentaron las villas, en la segunda década de la centuria, y a continuación se vió sensiblemente afectada por las repercusiones del movimiento agermanado, y las consecuencias de las

malas cosechas trigueras de la década subsiguiente, y vió reducido su contingente demográfico en menos de treinta años, en un 40%. Inició un ligero enderezamiento, a partir del segundo tercio de la centuria, que fue afirmándose en la segunda mitad del siglo, a pesar de ser bruscamente interrumpido por las clásicas crisis de subsistencias de las economías autárquicas del Antiguo Régimen, como la de 1.566, la tercera en orden de importancia del siglo. La recuperación demográfica se tradujo ya, a pesar de ser menos intensa en la Ciudad, que en el área rural, en un franco incremento de población en los años finales del siglo, en los que se sobrepasaron sin lugar a dudas las cifras de comienzos de la centuria, gracias a la coyuntura favorable, que se dió en la agricultura, al darse menos y disminuir en intensidad, las crisis de producción cerealícola mallorquina. En 1.585, la Ciudad poseería ya 26.060 habitantes, según la *Relación General de la visita que don Luis Vich, Virrey de Mallorca, ha hecho de dicho Reyno el año 1.585*, de un total de 112.763 habitantes para toda la isla, lo que le proporcionaba un porcentaje de un 23,1% del total insular.

Desgraciadamente no disponemos de ningún dato que nos permita apreciar la población de la Ciudad a lo largo de todo el siglo XVII, período en el que han desaparecido las series de los *morabetíns*, y escasean tremendamente los recuentos de población de la isla. Sabemos, por la trayectoria descrita por las necesidades de consumo triguero, que la población mallorquina descendió sensiblemente durante la primera mitad de la centuria, a causa de los perniciosos efectos de toda una serie de drásticas crisis de subsistencias y a las dificultades de financiar las importaciones de granos desde el exterior. Sin embargo a partir de 1.665 asistimos a un importante movimiento de recuperación, que culminó en un indudable incremento demográfico, acompañado de un notable aumento de la producción triguera en este momento, proseguido en las dos primeras décadas del siglo XVIII. Sin embargo al carecer de cifras no podemos estimar en qué proporción afectó la depresión del siglo XVII a la Ciudad, ni de qué modo participó ésta de la restauración finisecular.

Para el siglo XVIII, tenemos una serie de datos, en torno al movimiento de la población urbana de Palma. Cuando, en 1.715, los Borbones se disponen a restablecer su autoridad sobre los últimos territorios aún insumisos, que eran Mallorca e Ibiza, nos encontramos que se le atribuyen a la Ciudad de siete mil a ocho mil vecinos (3). La cifra de vecinos nos

(3) Archivo Histórico Nacional (A.H.N.), Sección Consejos Surpimidos; Legajo 6.811 A nº 81; Biblioteca Vivot, Palma de Mallorca, Libro 3º de Varia. (En prensa en *Fontes Rerum Balearium*, III, Fundación Bartolomé March, Palma de Mallorca, 1979, por J. Juan Vidal).

plantea el debatido problema de la conversión de vecinos en habitantes, por medio del uso de un determinado índice. (4). En Mallorca, en 1.784, disponemos de una estimación del número de vecinos, que poseía cada una de las diferentes poblaciones de la isla, y de su equivalente en habitantes. Ello nos permite obtener un índice del número de habitantes que corresponde a cada vecino, en cada municipio por separado, y en conjunto para toda la isla. La media ponderada que hemos obtenido

para Mallorca en ese año, nos da un índice de habitantes/vecino de 4,138. Palma nos daría, en conjunto una cifra inferior al total de la isla: 3,851. Si multiplicamos el índice obtenido vecinos/habitantes, correspondiente a 1.784, por el número de vecinos, que nos proporcionan los vecindarios de 1.715, y de 1.729-30, podemos apreciar la evolución de la población de Mallorca y la de su capital, a lo largo del siglo XVIII.

Año	Vecinos Mallorca	Habitantes Mallorca	Vecinos Ciudad	Habitantes Ciudad	% Ciudad sobre Mallorca	
					Vecinos	Habitantes
1.715	22.550	93.324	7-8.000	28.882	33,26	
1.729-30	28.088	116.243	7.845	29.211	27,93	
1.746		119.614				
1.747	33.321 (5)		8.375	32.252	25,13	
1.750		119.620				
1.756		117.006		33.121		28,31
1.768-69		129.303				
1.778-80		128.158		29.531		22,97
1.784	32.839	135.906	8.299	31.965	25,27	23,52
1.787		137.232		34.073		24,83
1.797		140.699				

Tenemos aquí una extraordinaria disparidad de fuentes, donde se hallan mezclados vecindarios, datos proporcionados por diversos autores, visitas pastorales y los tres Censos oficiales que para toda España se realizaron en la segunda mitad del siglo XVIII. Creo que el índice vecinos/habitantes, siempre objeto de discusión, puede ser en cierta forma adecuado, ya que Bustelo señala para la España del siglo XVIII un coeficiente de 4 para principios de siglo y de 4,7 para finales del mismo. La visita pastoral del Obispo Pedro Rubio, efectuada entre los años 1.778 y 1.780, nos da para Mallorca en conjunto un coeficiente 4, y la del Obispo Bernardo Nadal, correspondiente al período 1.796 - 1.798, un índice 4,25, lo que viene a concordar con los resultados obtenidos para las cifras de 1.784. No obstante los vecindarios de principios de siglo puede ser muy bien que necesitaran de un índice más elevado, en especial el de 1.715, dado que estoy perfectamente convencido de que los datos que nos proporciona,

pecan por defectos, ya que de aceptarlos, el crecimiento demográfico mallorquín, comparado con los datos del Censo de 1.797, sería del 0,61%, cifra nada desdeñable, y más bien excesiva para la Mallorca del siglo XVIII, en la que aceptando esto, se daría un crecimiento de población mucho más intenso que la media española nacional e incluso superior a las medias inglesa y escandinava en el mismo lapso de tiempo, que fueron respectivamente de un 0,42%, 0,55% y 0,58%. Si el incremento de la población de la isla, se cifraba en el 0,61% entre 1.715 y 1.797, caso de aceptar las cifras del Vecindario de 1.715, en cambio si consideramos el período de 1.729-30 a 1.797, el crecimiento de la población se ve reducido al 0,31%, cifra que considero de mayor validez, y que coloca al crecimiento mallorquín del siglo XVIII, en relación de inferioridad con el del conjunto del crecimiento español que según Bustelo, sería del 0,42% y que considero más correcto que el primero.

La población de la capital quedará rezagada durante el Setecientos, en su crecimiento

(4) Bustelo y García del Real, Francisco: **La transformación de vecinos en habitantes. El problema del coeficiente**, "Estudios Geográficos" XXXII, núm. 130, C.S.I.C. Madrid, 1.973, pág. 154 - 164.

(5) A pesar de colocar en esta relación, las cifras de este Vecindario, a las que he descontado los vecinos de Ibiza, del total del original, creo que están sobrevaluadas, y que por lo tanto a la hora de realizar diversos cálculos estadísticos sobre la población mallorquina del siglo XVIII, desvirtúan la trayectoria, con su abultamiento.

con respecto al resto de la población de la isla. La Ciudad tendrá uno de los índices de crecimiento más débiles de todos los municipios mallorquines un 0,139/o, lo que repercutirá en un nuevo descenso del porcentaje de población mallorquina que habita en la capital a finales de siglo, con respecto del alcanzado en sus comienzos. Mas bien en vez de hablar de aumento, deberíamos especificar el estancamiento de la población urbana, frente al ligero acrecentamiento de la población rural, quizás empujado por cifras que pecan por defecto, como pienso que lo son, las de 1.756 y 1.778-80, además del vecindario de 1.715. A pesar de todo, el municipio de Palma, tiene una densidad muy elevada, en comparación con los restantes; frente a los 37 habitantes/Km² de Mallorca, en 1.784, el municipio de la Ciudad concentra a 153, al que le sigue Sóller con 101, y Binisalem con 69.

La proporción de la población mallorquina residente en la Ciudad no varió ostensiblemente durante el siglo XIX: En 1.821 era un 21,780/o, y un 25,590/o en 1.897, síntoma de que gran parte de sus funciones urbanas apenas habían cambiado, y que pervivía en estas fechas un sistema económico aún de Antiguo Régimen, que comenzó a resquebrajarse, bastante avanzado ya el siglo XX. Podemos decir que la población urbana permaneció a grandes rasgos estancada, o creció muy lentamente durante los siglos de la Edad Moderna. Ello motivó que el espacio ocupado por la antigua Ciudad musulmana fuera suficiente para albergar a sus pobladores, hasta el siglo XIX. La Ciudad mallorquina no fue sometida a ninguna ordenación urbana de conjunto ni al rigor geométrico, durante toda la Edad Moderna, continuando con su configuración tradicional de ascendencia musulmana y producto de los acontecimientos históricos.

No es extraño que los historiadores afirmaran que la Ciudad de Mallorca no creció ni menguó de periferia desde 1.229, durante seis siglos y medio, y encerró dentro de sus muros prácticamente el mismo número de manzanas, hasta el derribo de los lienzos y baluartes de las murallas de Fratin, que se inició en 1.873, con el lienzo que unía el baluarte de San Pedro con el del muelle (6).

El recinto amurallado, que fue derribado masivamente a partir de agosto de 1.902, había comenzado a construirse en la segunda mitad del siglo XVI. Era el quinto recinto que se construía alrededor de la Ciudad, y fué pla-

neado, tras haberse desechado los proyectos del Conde Flamenco Hugo de Contray en 1.551 y del ingeniero italiano Juan Bautista Calvi en 1.554, por Jacobo Pelearo, llamado vulgarmente Fratin en 1.575. Este proyecto, ajustó la construcción de la nueva muralla, pegada al anterior cinturón. Influidó o no, el ingeniero por el fracaso de la amplia propuesta de Calvi, concretó su obra a ceñir, y revestir la vieja fortificación con la nueva, corrigiendo o rectificando las imperfecciones o defectos que tuviera (7) Vicente Mut, que a mediados del siglo XVII actuó en la fortificación como uno de los sucesores de Fratin, nos dice refiriéndose a él, que "diseñó la planta del recinto acomodándose a una fortificación irregular lo más ajustada que pudo" (8), con lo que está claro el ajuste o el ceñimiento a la vieja defensa.

Parece ser que las obras se emprendieron enseguida, por la parte de tierra, desde el baluarte de San Pedro al de Santa Margarita, con graves problemas para su financiación. A fines del siglo XVII, puede decirse que todo el recinto, salvo la parte de la muralla del mar, se hallaba terminado, y aparte de las obras adicionales, quedó formado por diez baluartes y las cortinas corridas entre éstos. La parte del mar, poco antes de la llegada de Fratin, había sido reformada, y más tarde reparada con frecuencia. En 1.715 el Castillo Real, se hallaba todavía en la línea marítima, formando parte de la fortificación con sus torres y terraplenes. Desde esta fecha a 1.801 se construyó el lienzo que iba desde el baluarte de San Pedro al de Capellanes o del Príncipe. El último lienzo levantado fue el de la Portella al Mirador.

La gravedad de los problemas que acarrea la convivencia en los núcleos urbanos de la Edad Moderna, estaba en la pobreza técnica que entonces se podía aplicar para resolverlos. Limpieza, orden y abastecimiento eran los tres problemas fundamentales de los municipios de aquella época. Hemos de tener en cuenta, que hasta fines del siglo XVIII, no comenzó el empedrado de las calles de la Ciudad mallorquina, concretamente hasta 1.778. El piso era de tierra, con hoyos y barrizales que se arreglaban, con grava apisonada. Por la Ciudad junto a los transeúntes humanos, había animales que circulaban a sus anchas. Así a comienzos del siglo XVIII, el nuevo Ayuntamiento de Palma, salido de la aplicación del Decreto de Nueva Planta, prohibió la libre circulación

(6) Quadrado, José M^a y Piferrer, Pablo: *Islas Baleares*, Barcelona, 1.888, pág. 650.

(7) Zaforteza y Musoles, Diego: *La ciudad de Mallorca. Ensayo Histórico-Toponímico*, Palma de Mallorca, 1.953.

(8) Mut, Vicente: *Historia General del Reino de Mallorca, escrita por los cronistas don Juan Dameto, don Vicente Mut y don Gerónimo Alemany*, Palma de Mallorca, III, 1.841, pág. 603.

de los cerdos en el interior de la muralla, para desterrar las inmundicias que dejaban e intentar evitar accidentes, como el de un niño que fue devorado por los animales. La reiteración de la prohibición, años más tarde, indica que debió costar el hacerla cumplir.

En las calles angostas, sucias las más de las veces, con escaso alumbrado, abundaban las acciones de las bandosidades, especialmente en los dos primeros tercios del siglo XVII, con las luchas entre Canamunts y Canavalls (9). Hasta 1.811, tras una gestión laboriosísima de 23 años, no se consiguió desterrar de la Ciudad las tinieblas nocturnas, que tantos años la envolvieron, protegiendo al delincuente, y se instaló un primer alumbrado público por aceite.

Muy grave fue, hasta la cuarta década del siglo XIX, el problema del abastecimiento de pan a la Ciudad, ya que, a pesar de ser puerto marítimo, careció de comunicaciones regulares con la península hasta 1.836. La mayor parte de cosechas trigueras recogidas en Mallorca, fueron insuficientes para satisfacer las necesidades internas de consumo triguero de la isla, forzando a tener que recurrir a importaciones forzosas desde el exterior (10). Las tremendas fluctuaciones interanuales de los precios de venta de los cereales en la Quartera de la Ciudad, no son ni más ni menos que el fiel reflejo de las dificultades en el abastecimiento de la misma, dado que en los numerosos años de malas cosechas, el problema de financiar las importaciones trigueras desde los diferentes mercados suministradores del exterior, motivó que a veces no se pudiera avituallar a la Ciudad, con la prontitud debida, con el consiguiente espectro resultante de la propagación del hambre, y el ascenso del número de las defunciones sobre el de los nacimientos.

Vemos como la Ciudad cumplirá sus funciones de acrópolis defensiva con su perímetro amurallado, del que no se salió la población hasta la segunda mitad del siglo XVIII, centro comercial de primer orden, facilitado por su función portuaria, que permitió intensificar los intercambios mercantiles, y gran centro administrativo y religioso de la isla. En ella se concentraron las clases dominantes del Antiguo Régimen, grandes propietarios agrícolas,

perceptores de diezmos y rentas, comerciantes que almacenaban y redistribuían mercancías y esclavos, y los prestamistas, actividad a la que se dedicó en especial la minoría "xueta" en febril competencia con el estamento eclesiástico. Si con anterioridad al estallido de la revuelta agermanada, los habitantes de las villas, solicitaban al monarca que se realizase una estimación de la propiedad real de la tierra en Mallorca, porque según ellos más de los dos tercios de la misma, se hallaba en manos de habitantes de la Ciudad, y pagaban al fisco en la proporción tributaria de las cargas comunes a la isla - 2/3 la Ciudad y 1/3 las villas - más de lo que debían, y ello motivó que se efectuase el primer Catastro de que disponemos, que se inició en 1.576 y se concluyó en 1.581. En él quedó bien claro que los bienes de los "ciudadanos" representaban más de la mitad de los totales de la isla, además el nuevo Catastro de 1.685 patentizó otra nueva concentración de la propiedad rural en manos de ciudadanos. Los síndicos foráneos se quejaron pidiendo la elaboración de un nuevo padrón aduciendo que la Ciudad había acumulado los 3/4 de la propiedad total, por lo que la "part forana" pagaba impuestos superiores a los que le correspondían efectivamente. La propiedad de más alto valor catastral estaba en manos del alto estamento nobiliario, con sus viviendas ubicadas en determinados barrios preferenciales. También los judíos vivían en su propio barrio, llamado el Call. Los miembros de las profesiones artesanales habitaban a vivir agrupados, por gremios también en determinadas zonas de la Ciudad, como nos lo ha demostrado para comienzos del siglo XVIII, Lleonart Muntaner (11).

La Ciudad, además de disponer de la Catedral, situada en la parte alta de la capital, estaba dividida en cinco parroquias: Santa Eulalia, muy grande y muy poblada, San Miguel extensa y poco poblada, futura reserva llena de conventos y huertos, San Nicolás, la menor de las cinco, San Jaime y Santa Cruz.

Por otro lado, sabemos que disponía de numerosos "hostals" o posadas públicas, donde todo tenía cabida, desde el modesto labriego que venía a la Ciudad con su caballería o carro cargado de productos del campo, a los viajeros de poca alcurnia, buhoneros, charla-

(9) Le-Senne Pascual, Aina: **Los Conflictos Sociales en Mallorca durante el Siglo XVII: Canamunt y Canavall**, Tesis de Licenciatura inédita, Palma de Mallorca, 1.977, nos comenta el ambiente de violencia que existía en la Ciudad, de arcabuzazos, duelos, puñaladas, y demás problemas de orden existentes en aquella época.

(10) Juan Vidal, José: **Las Crisis Agrarias y la Sociedad en Mallorca durante la Edad Moderna**, Tesis Doctoral inédita, publicada en breve síntesis en Mayurqa, 16, Palma de Mallorca, 1976. pág. 87 - 113.

(11) Muntaner, Lleonart: **Un model de Ciutat preindustrial. La Ciutat de Mallorca al segle XVIII**. Trabajos de Geografía nº 34. Miscelánea Palma de Mallorca 1.977-1978, pág. 5 - 53.

tanos y cómicos, que tan bien nos describe Miguel de los Santos Oliver. Muchas **algorfas** formaban junto con los palacios nobiliarios de la época renacentista y barroca, y otras casas

de menor alcurnia, parte del abigarrado, variopinto y policromo mundo urbano de la Mallorca de aquella época.